

de público desorden—mandaba que un día señalado en el mismo rescripto, determinados ciudadanos de gravedad y distinción se trasladaran á las puertas ó garitas de la ciudad, y allí rompieran públicamente las tizonas todas usadas ó llevadas por las personas que se presentaran, y las cuales tizonas excedieran hasta en un simple cuarto de pulgada la medida legal de tres pies ingleses de largo.

Las proclamas ó pragmáticas reales generalmente siguen su curso sin causar tanta admiración al público. El día señalado, dos ciudadanos de buena reputación ocuparon su puesto en cada una de las garitas, sostenidos por un destacamento de la guardia de la ciudad, el grueso del cual se destinaba á hacer cumplir la voluntad de la reina aprehendiendo y custodiando á los rebeldes si los hubiese: en tanto que algunos guardias deberían tener consigo los instrumentos y medidas legales para reducir todas las espadas prohibidas á las dimensiones prescritas. En virtud de lo dispuesto, Maese Hugo Graham y otro vecino se apostaron en Lud-Gate, en la altura ó colina frente á San Pablo.

Vistosa y muy numerosa concurrencia se fué reuniendo en aquel sitio, porque, además de los comisionados y oficiales que debían hacer ejecutar el rescripto, había abigarrada turba de mirones de toda especie, que de vez en cuando lanzaban hurras y exclamaciones, según las circunstancias lo requerían. Un joven, muy gentil cortesano, fué el primero que se acercó, desenvainando su arma de acero bruñido que resplandecía á los rayos del sol, y tendiéndola con ademán solemne al comisionado, quien, al hallarla de tres pies justos de largo, se la devolvió con un saludo, en seguida de lo cual el galán alzó el sombrero, y gritando “¡Dios salve á la Reina!” se retiró entre los aplausos de la gente. Vino luego otro cortesano, todavía más garrido trayendo una hoja de sólo dos pies de longitud, de la cual se rió la turba, con no poca mengua de la dignidad de su señoría. Apareció después un finchado oficial ya viejo, provisto de una tizona á que sobraba pie y medio cuando menos, motivando esto recias exclamaciones y que los más de los espectadores, especialmente los armeros y cuchilleros, se rieran de buena gana ante la

idea de la quebrazón consiguiente. Pero resultaron chasqueados, pues el rudísimo veterano descinándose con todo calma la espada y dándola al asistente para que se la llevara á su casa, se alejó desarmado con no poca indignación de los circunstantes. Algo se tranquilizaron y alegraron recibiendo á gritos á un individuo alto y presuntuoso con arma descomunal, quien se detuvo como perplejo al aspecto de los preparativos, y, después de reflexionar un poco, volió las espaldas y se fué. Pero á todo esto no había sido rota una sola espada, aunque era ya más de medio día, y todos los caballeros de importancia tomaban su camino hacia el atrio de San Pablo.

Durante todo ese tiempo, Maese Graham había permanecido aparte, limitándose estrictamente á sus obligaciones y sin hacer caso de los demás. Pero se adelantó algunos pasos á la sazón que un caballero, á pie, ricamente vestido y acompañado de un solo criado, empezaba á subir hácia la colina.

Al acercarse más el personaje, suspendió la turba sus gritos y se convirtió á él mirándole ávidamente. Estaba Maese Graham

solo en el portillo, y como venía hacia él, aunque lentamente, el extranjero, acabaron por hallarse uno frente á otro. El noble, pues parecía serlo, con un aire altanero y desdeñoso daba á entender el poco aprecio que hacía del ciudadano. Este, á su turno, conservaba el ademán resuelto de quien no se intimida ni avasalla, curándose muy poco de cualquiera otra nobleza que no sea la del mérito y el valor. Acaso cada quien tuvo alguna conciencia de los sentimientos que á su respecto abrigaba el otro, y esto infundió expresión más dura á las miradas de ambos cuando llegaron á juntarse.

—“Vuestra espada, señor.”

En el momento mismo de pronunciar estas palabras, se sobrecogió Graham y, retrocediendo algunos pasos, llevó su diestra á la daga que tenía al cinto.

—“¿Sois el hombre cuyo caballo acostumbraba yo cuidar á la puerta del arquero? ¿Sois aquel hombre? ¡Hablad!”

—“¡Quita allá! ¡El sabueso del aprendiz!” dijo el otro.

—“¡Sois aquel! ¡Os conozco bien!” gritó Graham. “Nadie se nos interponga por-

que le mataré.” Diciendo esto, sacó la daga y se lanzó sobre el extranjero.

Este, antes de que mediara una sola palabra, había desenvainado su arma á fin de tenerla lista para el examen. Dirigió una estocada á su agresor; pero la daga que Graham tenía en la mano izquierda y con que estaba entonces en uso parar tales golpes, desvió la espada, y se agarraron los dos adversarios. La daga cayó al suelo, y Graham, quitando al noble la espada, se la metió en el corazón. Al querer sacarla se partió, quedando uno de los dos pedazos en el cadáver.

Todo esto pasó con una rapidez tal, que los circunstantes ni siquiera trataron de intervenir; pero, no bien había caído el hombre cuando estalló gran tumulto y alboroto. El eriado, corriendo hacia la garita, proclamaba que su amo, un noble, había sido atacado y asesinado por un ciudadano. Presto anduvo de boca en boca la noticia, y la catedral de San Pablo y todas las barracas de libros y los figones y fumaderos del atrio dieron salida á un verdadero aluvión de caballeros y criados que, mezclados en masa compacta y agitadísima, pugnaban,

espada en mano, por acercarse al lugar de la catástrofe.

Con igual impetuosidad y estimulándose unos á otros con gritos y exclamaciones, los ciudadanos y gente del pueblo bajo hicieron suya la pendencia, y rodeando á centenares á Graham, le arrancaron de la garita. En vano esgrimía él encima de su cabeza el trozo de espada, gritando que anhelaba morir en el umbral de Londres, por la sagrada causa de la inmunidad de sus hogares. Arrebatáronle consigo, manteniéndole constantemente en el centro para que nadie pudiera tocarle, y peleando se abrieron paso al interior de la ciudad.

El sonido metálico de las espadas y el estruendo de las vociferaciones; el polvo, el calor y la apretura; las gentes derribadas y pisoteadas por la multitud; las miradas y los gritos de angustia de las mujeres en las ventanas al reconocer á sus parientes ó á sus novios entre la turba; el apresurado toque de alarma con las campanas, y la rabia y el paroxismo dominantes, todo era terrible y espantoso. Los hombres que, por hallarse en las extremidades de las masas contendientes podían hacer uso de sus armas, peleaban

desesperadamente entre sí; mientras los del centro, enloquecidos de inútil rabia, se herían unos á otros sobre las cabezas de los intermediarios, y atropellaban á sus mismos compañeros. Cada vez que la rota espada aparecía sobre las cabezas de la gente, hacían los caballeros nuevo empuje para acercársele. Cada una de sus cargas abría brecha en el tropel en que caían y eran pisoteados los hombres; pero tan pronto como se abría se cerraba, haciéndose de nuevo compacta la multitud, y exhibiendo una masa confusa de espadas, palos, duelas de barril, plumas destrozadas, jirones de capas y de almillas, é iracundos y ensangrentados rostros, todo ello mezclado en inextricable desorden.

El designio de los partidarios de Maese Graham era obligarle á refugiarse en su habitación y defenderle allí hasta que pudieran intervenir las autoridades ó ganar ellos tiempo para parlamentar. Pero, fuese por ignorancia ó por la confusión del momento, se detuvieron en su antigua casa, que estaba cerrada de firme. Perdióse algún tiempo en echar abajo la puerta y hacer avanzar á Hugo del centro de la muchedumbre hacia la misma puerta. Cosa de una veintena de los

más atrevidos del otro bando, mientras se ejecutaba lo expuesto, se lanzó también hacia la puerta, llegando á ella al mismo tiempo que Graham, y aprehendiéndole y separándole de sus defensores.

—“¡Jamás retrocederé ante causa tan justa, así me ayude el cielo!” —gritaba Graham en voz tan fuerte que, al cabo, se hizo oír, y haciéndoles frente mientras hablaba. —“¡Mucho menos cejaré en este umbral, que debe su desolación á hombres de vuestro rango! ¡Ni doy cuartel ni quiero recibirlo! ¡Herid!”

Por un momento se detuvieron perplejos ante él. Pero casi en el mismo punto, un tiro de mano invisible, al parecer disparado por alguien que había penetrado á una de las casas de enfrente, hirió en la cabeza á Graham, y éste cayó muerto. Oyóse como un lamento en el aire, y muchas de las gentes allí reunidas dijeron haber visto aparecerse una fantasma en la ventana del arquero.

Siguióse mortal silencio. Tras breve pausa, algunos del enardecido tropel soltaron sus armas y cargaron con el cadáver, llevándole con tiento al interior de la casa.

Otros se separaron y alejaron en grupos de dos ó tres, ó hablaban en corrillos; y antes de que llegara numerosa guardia que se avistaba, quedó casi desierta la calle.

Los que, subiendo la escalera, llevaban á Maese Graham á la cama, extrañaron ver á una mujer caída y con las manos enclavijadas, al pié de la ventana. Después de procurar en vano hacerla volver en sí, la tendieron cerca del ciudadano, quien conservaba en su diestra rígida la primera y última espada rota aquel día en Lud-Gate.

FIN.

INDICE.

	Págs.
Noticia del autor	V
Cuentos originales:	
El Rey y el Bufón	1
Combates en el Aire	25
Noche al Raso	41
El Crucifijo Milagroso	52
La Docena de sillas para igualar	62
El Cuadro de Murillo	71
El Hombre del Caballo Rucio	94
A dos dedos del abismo	112
Conclusión	151
Lanchitas	153
Buondelmonti	175
Cuentos traducidos:	
Primeras impresiones. Traducido del inglés	209
Hoffman y sus cuentos	239
La dicha en el juego	243
Maese Martin y sus Obreros	291
Haimatocara	397

